

NOTAS A UN DOCUMENTO RELIGIOSO DE LA GUERRA MUNDIAL

José M.^a de Romaña, S. I.

De Homero a Theodor Plievier

Fruto positivo de las guerras últimas es el desarrollo fabuloso de técnicas médicas y mecánicas. Es conmovedoramente humana esa puesta a su máximo voltaje del entendimiento, crispado en la defensa de —por así decirlo y hablando en términos generales— la libertad, el honor y el derecho a la vida. En la maduración de las actitudes la guerra última nos ha hecho también dar un paso de doscientos años: ¿cuándo ha sentido antes la humanidad con tan dramática urgencia la necesidad de la paz y de la buena voluntad, y la unidad e interdependencia de todos los hombres?

En la geografía del arte, en cambio—que debería ser reflejo de esa historia—no hallamos, en general, tales perfiles humanos, ni por presencia ni por ausencia. La destrucción ha podido más que la esperanza en el espíritu de los artistas. (¿Estará el amor más cerca de la muerte que de la vida?)*

Ya las guerras no dejan epopeyas. Sólo muchas películas surcadas de Danubios rojos; alguna implacable sinfonía, como *Defensa de Stalingrado*, de Shostakovitch, o esa música de Jean Martinon, pautada con rejas en uno de esos campos donde los hombres eran números; y el aluvión de novelas de la postguerra, bifurcado esta vez en desesperanzadas novelas de tema propiamente bélico—*Stalingrado*, de Plievier—y en nove-

las de tipo social, sin atisbo de solución, en torno a los problemas específicos surgidos de la última contienda: migraciones, concentraciones, genocidios, comunismos—*La Hora 25*, de Gheorgiu—. Estas son las epopeyas de esta época desilusionada y directa.

Deshumanizaciones, angelismos y pobrediablismos

No es que eche de menos el hexámetro, la octava real o el alejandrino. Si la *Ilíada* se hubiese escrito hoy ¿seríamos capaces de leerla completa? Franz Werfel, puesto a cantar la maravilla sobrehumanamente frágil y altísima de Lourdes en *La Canción de Bernadette*, la ha vertido en forma de novela, más adecuada a nuestro ritmo. Al echar de menos la epopeya, me fijo en el espíritu de

* Al referirme al arte, aludo a esta deshumanización del corazón y del espíritu, que afecta inmediatamente al hombre en sí mismo—deshumanización del artista—; no precisamente a la otra «deshumanización del arte» —que tiene al objeto como uno de sus datos, siquiera de negación o de fuga—provocada por extremar el subjetivismo absolutoide en un ser que es esencialmente relativo—destinado, religioso, social, intramundano—, o por extremar el intelectualismo o el intuicionismo en un sér que esencialmente es también voluntad y materia. No es éste el sitio de precisar en qué grado quedarían o no enmarcadas en ese subjetivismo extremo ciertas manifestaciones del arte abstracto.

las patriarcales epopeyas ciclópeas, saturadas de sol marino: luminosas, personalistas en su colectivismo, esperanzadas, con la risa junto a la herida, teándricas.

Y es que, aparte de esos motivos decisivos que son la evolución de técnica y sensibilidad artísticas, al deshumanizarse la guerra —paralelamente a la deshumanización maquiavélica de la política, la protestante de la religión, la manchesteriana de la economía, y muchos de los ismos del arte...— la tierra ha venido a ser más estrella apagada que nunca, planeta poco propicio para la poesía. El poeta ya no es el dios homérico porque los hombres no son ya los hombres homéricos. (En la trayectoria que nos ha conducido a esta ácida esquina de la historia, ¿hay mera casualidad o verdadera causalidad?: la «Reforma» niega a la Iglesia en el siglo XVI; el siglo de la Ilustración, a Cristo; el del Progreso, a Dios; el nuestro, lógicamente, al Hombre). Ciertamente Dios llama siempre a su pueblo de la cautividad; que el eterno humano acaba por surgir de todas las ruinas; y que, después de Cristo, tiene el hombre una posibilidad de reconstrucción y esperanza que no tenía el hombre homérico, ex-paradisiacamente triste en el fondo de su alegría helénica. No cabe duda tampoco de que el dolor es el gran padre de la belleza —Sansón encuentra el panal en la boca del león muerto—. Pero notemos que tiene que ser un dolor dentro de los límites humanos; Platón hace al amor hijo de la Pobreza... y de la Riqueza.

En aquella «hora cero»

Entre los pocos poemas nacidos de las últimas guerras —en general más bien líricos que épicos, por ej. el *Poema de la Bestia y el Ángel* de José M. Pemán— ha tenido éxito fulgurante un sencillo poema escrito por una mujer. (Quizá las líneas anteriores explican de algún modo que no haya surgido de tanta destrucción, escrito por una mujer o por un hombre, algo de mayor envergadura en el terreno artístico religioso de tipo más constructivo). Poema de factura descarnada y escueta como una alambrada, sus pausas y entrelíneas suponen largos minutos de frío silencio tenso. Con la mentalidad eficaz, sin complicaciones, del soldado, salta sin transición de la prueba de la existencia de Dios por la contingencia—en el orden o en la existencia—de los seres, dramáticamente intuía en un cráter de granada y revivida la noche siguiente en la agonía que precede a la «hora cero» de un ataque nocturno, a la cercanía y al amor de ese Dios y a la realidad enorme de otra vida en un más allá, afirmado así, sin ninguna duda, como algo consecuente de la existencia de ese Dios bueno. El hombre ha descubierto la existencia de Dios sólo la noche anterior (alguien tuvo que inyectar la existencia en la cadena abierta o cerrada de seres que, por sí, eran nada; alguien tuvo que poner orden en el inmenso reloj que, por sí, era caos y absurdo). En el día intermedio ha ido subiendo esa marea indescriptible que culmina ahora en inesperadas frases de viejo amigo—*look*, mira, oye.,—y en términos familiares—*lots*, montones, enormidades...—. El amor vive años en horas, y descubrir a Dios, *intimior intimo meo* (Agustín), es encontrarse de pronto en la más inédita y profunda intimidad de sí mismo, donde no acaba el tiempo, donde ya comienza la eternidad.

El secreto del éxito y pervivencia de este poema, junto con su sencillez está sobre todo en su valor vital. Andrenio, en *El Crítico* de Gracián, después del terremoto que abre su cueva y su isla, recibe de golpe en ojos adultos el impacto de la belleza y del terror. Aquí Andrenio, genesíacamente deslumbrado, toca algo tan radical y elemental como la existencia y la cercanía de Dios, y la muerte le aparece de un minuto para otro como tránsito de vida temporal a vida eterna. El clásico Esqueleto de las viejas danzas, medievales o precolombinas, se ha tornado de pronto en dulce hermana ausente y la guadaña en llave de puertas conturbadoramente maravillosas.

Una noche, en Kansas City

Frances Angermayen, al escribir su poema *CONVERSION*, no pensaba que iba a ser el más famoso poema de la guerra, con más de diez millones de ejemplares distribuidos entre los combatientes. *Catholic Digest* (febr. 1946) narra el nacimiento del poema. Una noche de julio de 1944, en Kansas City, Frances no podía dormir, pensando en su hermano, el Cp. Glenn Virtue, que llevaba tres años combatiendo contra los japoneses. Pasada medianoche, se levantó, puso su máquina sobre una franela para no despertar a la familia y empezó a escribir el poema. A los veinte minutos había terminado la primera redacción.

Pedimos al lector que prescinda unos momentos de esta Nota en que atendemos sólo al valor documental religioso del poema, y lo guste en su fragancia primitiva de sobriedad desnuda. La más creadora poesía es aquélla que, sin darse cuenta, se halla de pronto varada en playas de Dios, hablando con Él, Creador y Verbo:

Look, God, I have never spoken to You...
But now.., I want to say «how do You do».

You see, God, they told me You didn't exist...
And like a fool... I believed all of this.

Last night from a shell hole I saw Your sky...
I figured right then they had told me a lie.

Had I taken time to see the things You made,
I'd known they weren't calling a spade a spade.

I wonder, God, if You'd shake my hand.
Somehow... I feel that You will understand.

Funny,.. I had to come to this hellish place
Before I had time to see Your face.

Well, I guess there isn't much more to say.
But I'm sure glad, God, I met You today.

I guess the «zero hour» will soon here.
But I'm not afraid since I know You're near.

The signal... Well, God... I'll have to go.
I like You lots... This I want You to know...

Look, now... this will be a horrible fight...
Who knows... I may come to Your House tonight.

Though I wasn't friendly with You before
I wonder, God... if You'd wait at Your Door...

Look... I'm crying! Me! ..., Shedding tears!...
I wish I'd known You these many years...

Well, I will have to go now, God... good-bye...
Strange... since I met You... I'm not afraid
[to die...]

Ateos, deístas, teístas y cristianos

Aparte de su valor literario, tiene fundamentalmente este poema el interés único de documento humano-religioso que, en determinado momento, puso un puñado de esperanza en el corazón de millones de encarados con la muerte; su carencia de fórmulas que lo enmarcasen exclusivamente en determinado credo religioso, lo hacía accesible a todo el que admitiese un Dios personal y, de algún modo, providente. Nos hallamos (de hecho, a pesar de su elementalidad, o quizá por esa misma elementalidad, dado el nivel medio de los combatientes) frente a un verdadero documento para la historia religiosa de la última guerra.

El poema no es precisamente de una excepcional riqueza religiosa ni, menos, dogmática (ni tiene por qué serlo necesariamente. En esta Nota estamos situados en un ángulo extrapoético; nos justifica el que, de hecho, el poema viniese a ser en la realidad un instrumento religioso; como tal lo contemplamos). La primera zona — *existencia* de Dios— se mantiene dentro de un plano meramente racional, de teología natural, sin Revelación; sin embargo, hasta los simples atisbos de teodicea tienen fácilmente, aun para lectores sólo en algún modo cristianos o puestos alguna vez en contacto con el Cristianismo, matices o repercusiones personales de tipo más dogmático. La *presencia* y *cercanía* de Dios sirve de transición a la segunda zona del poema: *visión* de ese Dios cara a cara. Sólo el teísta *cristiano* puede hablar con estricto realismo de ese destino sobrenatural del hombre — visión y posesión de Dios— conocido por la Revelación y reotorgado gratuitamente por la Redención. El teísta no cristiano puede desear, desde su angustia y su mortalidad, ese supremo término de todos los caminos, pero no tiene, ni por lógica ni por revelación, desconocida para él, base para afirmarlo (aunque, muerto Cristo por todos, la revelación de ese destino le espera también a él). Hechos los supuestos dogmáticos, que no tiene por qué detallar el poeta cristiano, y aun sin explícita alusión a la *encarnación* de ese Dios, creo que esta parte del poema puede encontrar en lectores cristianos resonancias abarcadas por el plano salvífico, revelado.

Millones de los lectores para quienes se escribió el poema (el poeta, al escribir para sí, escribe necesariamente para otros), según las estadísticas confesionales eran ateos o meros deístas de humanitarismo y asepsia, con un respeto sin compromisos hacia el Dios dieciochesco, personal pero improvidente, aislado en su horaciana prescindencia del hombre. El

Protestantismo de las grandes masas, por su desdogmatización progresiva, paradójicamente lógica en quienes se jactan de aferrarse a la sola Biblia, deriva cada vez más, en grandes sectores —a pesar de la formidable reacción, contraproducentemente destructiva, de Harnack y de la, más constructiva, de Barth— hacia un mero sentimiento y aun sentimentalismo, en el que no conserva sus contornos ni la divinidad de Jesucristo, y cuyo único músculo fuerte parece ser ese anticatolicismo que hace del Protestantismo una Iglesia esencialmente relativa, más anti-católica, que en—Cristo y hacia—Cristo. La mentalidad prácticamente acristiana de esos hombres, flagelada por las muertes a medio metro y por el desmoronarse de lo humano, aventada la cal de las despreocupaciones y prejuicios con que se deslumbraron durante años en su ciudad alegre y confiada, recobró los ojos de niño, los únicos capaces de mirar el Reino y entrar en él, capaces de hallar las realidades máximas en unas sencillas líneas escritas en la noche por una desconocida. Millares de cartas lo testifican.

Desde su punto de partida religioso natural y en el grado en que pudiese despertar en cada lector un punto de llegada más sobrenatural y enmarcado en los datos revelados, *Conversión* fué también mensaje luminoso para los creyentes. Más allá de los últimos pisos siempre había un rectángulo de estrellas, pero las calles, consteladas, vertiginosas, hacían quizás olvidar. Después... Documentales y revistas, si es que no alcanzamos o no recordamos Teruel, Ebro y Brunete, nos han acostumbrado a los rostros del frente, ensordecidos y estereotipados, desencajados de vigilia, y a las lodosas botas pesadas de sangre, reuma y carroña. Tenían que hallar eco en el corazón mordido de esos hombres unas palabras que, con su música sencilla, recordaban que para los que creen, aman y esperan, aun la vida satánica de la primera línea—*this hellish place*, Normandía, Guadalcanal, Okinawa—, no es el «salto al vacío» jasperiano sino un «salto al infinito», un bello riesgo amargo con un final perfecto, como sólo parecería posible en los cuentos de niños.

El Día D

Y efectivamente, el poema se esparció por todo el mundo, copiado a mano, impreso, radiado. Los soldados lo encontraban grabado en los árboles de Nueva Guinea. Muchos ejemplares fueron hallados en los bolsillos de muchachos caídos en la campaña de Bélgica. El Día-D lo encontró un capellán, al buscar recuerdos para los familiares, en el bolsillo de más de treinta de los hombres muertos en el desembarco de Francia. (En una emisión de la NBC, Ginny Simms lo atribuyó a un soldado caído en Normandía. El error fué corregido). Después de la batalla de Metz se hallaba también, traducido, en el bolsillo de soldados alemanes. Revistas jesuíticas lo extendieron en polaco, italiano, español, chino, francés. Millares de copias fueron a China donde Mary Regina, tía de Frances, era hermana de la Caridad. *Hebrew Chronicle*, de Nueva York, envió más de doscientos cincuenta mil ejemplares a combatientes judíos. El representante de Nevada, Maurice Sullivan, leyó el poema en el Congreso y fué inserto en el Diario de Sesiones. A todo esto, la autora no quiso recibir un céntimo por sus derechos.

De los miles de cartas que agradecían a Frances la paz hallada en sus versos y el contenido religioso que daba sentido a una muerte sin por qué ni para qué, transcribo sólo unas líneas escritas por un soldado del Noveno Ejército estadounidense en marcha sobre Berlín: «Han muerto muchos compañeros a mi lado y otros morirán en el futuro. Yo también, quizá. Pero yo sé que el pensamiento que Vd. nos ha dado, suceda lo que suceda, será el último que nos acompañe».

Conocemos dos traducciones castellanas, publicadas en Lima y Buenos Aires. En la presente versión hemos procurado, fieles al espíritu del poema, conservar su tono conversacional, improvisante y confiado.

Mira, Dios, yo jamás he hablado contigo...
Pero ahora... quisiera decirte «¿cómo estás?»
¿Sabes, Dios?, me decían que no existías Tú...
Y yo, tonto de mí... me lo creía todo.
Anoche, desde el cráter de una granada, vi tu firma-
[mento..
Entonces comprendí que me habían mentido.
Si me hubiera parado a contemplar las cosas que Tú
[has hecho,
habría comprendido que estaban engañándome a con-
[ciencia.
Dios, quisiera saber si estrecharás mi mano.
No sé... pero yo siento que me comprenderás.
Es extraño... he tenido que venir a este infierno
Para hallar un momento de contemplar tu Faz.
Bueno, creo que no hay mucho más que decir.
Sino que... estoy feliz de haberte conocido.
Me parece que pronto llegará la «hora cero»,
Mas no temo, después de saber que estás cerca.
¡La señal!... Bueno, Dios, me tengo que marchar.
Te amo inmensidades... Quiero que Tú lo sepas...
Ya ves... esta batalla va a ser algo espantoso...
Y quién sabe... esta noche quizá llegue a tu Casa.
Aunque antes de esta hora yo no he sido tu amigo,
Dios, quisiera saber... si estarás esperándome a tu
[Puerta...
Pero... ¡si estoy llorando!... ¡Oh!... ¡derramando lá-
[grimas!
Me gustaría haberte conocido desde hace muchos años.
Bueno, Dios, ahora sí me voy... hasta la vista!
Qué raro... desde que te he encontrado... ya no temo
[la muerte.

